

nosotros de remedar ahora, como medio infalible para entonces habitarla eternamente.

Por esta ciudad de aquí aunamos nuestros afanes, y unimos nuestras oraciones; por la de después suspira nuestra esperanza, se orienta certamente nuestro derrotero, confiamos alegremente estar escritos en «el registro de los vivos» (Apoc 20,12), y tenemos la convicción de merecer, si somos fieles, la mirada complaciente del que apareció «sentado en el trono blanco y grande» (Apoc 20,11), cuyo Reino no tendrá fin.

HOMILIA DEL P. MANUEL MARTINEZ CANO

Queridos hermanos en los purísimos corazones de Jesús y María: nuestra XXXIII Reunión de amigos de la Ciudad Católica, siguiendo el deseo de Su Santidad Juan Pablo II, que ha proclamado 1994 «Año de la Familia», tiene como tema central la Familia. Nos hemos reunido para estudiar los fundamentos naturales, sociológicos y divinos de la célula básica de la sociedad, y los enemigos que pretenden destruirla.

La reunión de El Cairo promovida por los espíritus malignos ha sido la batalla en la que el enemigo ha asestado un duro golpe a la familia. Pero la guerra sigue, y los batallones permanentes de esta guerra satánica luchan diabólicamente las 24 horas del día y los 365 días de año. No duramos nosotros.

Los organismos públicos que sistemáticamente luchan contra la familia son: Banco Mundial, Fondo de Naciones Unidas para la Población y el Desarrollo, Organización Mundial de la Salud (patrocinó y financió el hallazgo de la píldora RU486), UNICEF, Informe Estadounidense KISSINGER (De 1974, publicado en 1990 que contiene las directrices de la política norteamericana exterior de control demográfico y promoción del aborto). Y las instituciones privadas son: Federación Internacional para la Planificación Familiar, Fundación Ford, Fundación Rockefeller y la Fundación Pattfinfder. Poderosos enemigos que no deben acobardarnos ni inquietarnos.

Lo que sí debe preocuparnos a los católicos es nuestra propia vida cristiana, nuestra vida divina. Dios es familia y nosotros hemos sido llamados a participar de esa vida divina. ¡Qué maravillosamente lo expresa Trinidad Sánchez Moreno!: «Dios es familia divina, Hogar eterno en el cual el Padre y el Hijo se abrazan, se besan, se aman tan infinita y perfectamente, que su Beso, su Amor, es tan acogedor, tan infinito y tan eterno, que, siendo parte de la Familia Divina, es un Persona. Y ya el Padre y el Hijo, por exigencia de serse amor de paternidad y de filiación, están eternamente acompañados por su mismo Amor en persona.

¡Oh familia Divina, tan acompañada, tan unida, tan eternamente amada, que, en un abrazo de unión perfecta, te besas en fecundidad infinita de unión unicísima...! ¡Hogar hogareño de calor divino...! ¡Hogar perfecto de unión eterna en Beso de amor...!

Si Dios no fuera familia, no sería feliz, no sería dichoso, y entonces no sería Dios. Él necesita serse el Hogar Divino, y se lo es; Hogar de familia que, en perfección, se es tres. Dios no podía serse ni más Familia que es, ni menos. Si así fuera no sería feliz, no sería Dios. Trinidad de tan perfecto acuerdo, de tan perfecta unión, que en tres Personas, se es un Dios.

¡Oh...! Misterio de calor amoroso, de unión perfecta, de trinidad una se es mi Dios.

El Verbo se encuentra al "descender de los collados eternos", donde, en Familia Divina, El es el Hijo autor con la rudeza e incomprensión desamparadora de los hombres, pudiéndosele llamar el Solo.

Pero quiso Dios que su Hijo, en la tierra, supiera también del calor del hogar, saboreando la compañía amorosa de su Madre y de San José. Calor de hogar que, para la tragedia terrible y tremenda del Verbo Encarnado, era un oasis en su caminar desamparado y desolador por este valle tenebroso.

Marta y José consolaron en la medida de su capacidad al Cristo del Padre.

Dios nos creó exclusivamente para que viviéramos de Él, para que escucháramos su conversación infinita y, así, pasáramos a formar parte de la Familia Divina. Dios se abrasa en sed de almas y por eso se encarna, para hacernos una cosa con El.

¡Qué misterio tan terrible el de nuestra injerencia en Cristo...!, el cual nos hace uno con Él y por El, con el Padre y con el Espíritu Santo; y en Él y por El nos hace también uno con todos los hombres que han sido, que son y serán.

No sólo nos pide Jesús que le recibamos, sino que esto sea de tal forma que, haciéndonos una cosa con El también nosotros, llenándonos de vida divina, nos refrigeremos en sus manantiales eternos y seamos fuente de vida para los demás.

¡Misterio terrible el de la comunión de los santos. Por nuestra incorporación a Cristo estamos comunicando vida divina a las almas!

¡Nos creó y nos redimió para que fuésemos semejantes a Él y para que viviéramos en la compañía hogareña de su Familia Divina, pero por medio de un "sí" de colaboración a su entrega amorosa!».

Un sí a la gracia actual, un sí a la gracia santificante que nos diviniza, que nos hace participar de la vida divina. El Espíritu Santo mora en el alma en gracia, nuestro cuerpo es templo de la Santísima Trinidad. Misterio grandioso de la gracia. Pero, ¿cómo es posible tener tiempo para comer y no parar comulgar diariamente? Si un día no comemos, no pasa nada; si un día no comulgamos, nos privamos de la gracia santificante que aumenta la vida divina en nosotros. Sacramentos, oración y sacrificio, esas son las armas del cristiano contra todos los enemigos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Oración. Qué hermosamente vive Trinidad Sánchez Moreno su vida de oración, su vida divina.

«¡Qué grande es orar y que pocos lo descubren...! ¡Qué grande es el hombre cuando ora...! Tanto que se hace poderoso con el poder de Dios, siendo capaz de vivir y ser, por participación, lo que Dios es y vive en el acompañamiento de un serse Familia.

No sé si sabré expresarte, decirte y meter en tu alma como has de orar. Sé que en la vida espiritual la base para llegar a la intimidad con Dios, para ser perfecto, para vivir feliz y para llenar el plan divino es saber orar. Cuando ores, no busques métodos que te aten, para ponerte en contacto con tu familia divina. Sea tu postura en la oración un correr a descansar en el regazo del Padre; y allí cuéntale en intimidad y pequeñez tus problemitas de niño, y escucha el suyo de supremo y único Pastor. Ve a la oración a estar un rato con el Amor Infinito; procura sacar el máximo grado de amor que puedas; búscale hasta que le encuentres; dile si sufres o si gozas. Llámale a Dios: Padre, como sepas.

No te pide ciencia para comunicarte con Él; te necesita a ti como eres. Ve dejando todo lo que es criatura y ve haciendo silencio en tu alma.

Orar es amar, es vivir en intimidad de hogar con la Familia Divina. Es decirle todo eso que tienes en tu alma, es ponerte en su corazón de Padre tal como eres. Por eso, la oración unas veces será hablar con el Señor; otras escucharle; otras, mirarle y sentirte mirado; descansar en el pecho del Amigo y hacerle descansar a Él; decirle que sí en una entrega total a su amor eterno; adorar en postración amorosa; abandonarte en sus brazos de Padre; sentarte en sus rodillas para que te cuente Su secreto; apoyar tu cabeza como San Juan, en el pecho del divino Maestro; escucharle de rodillas como la Magdalena; mirarle embobado como los pequeñuelos; estarte saboreando una frase que sea vida para tu alma, o quedarte en silencio, en saboreo y amor, ante una cosa que has leído o que has oído.

Dios quiso concedernos todo cuanto le pidiésemos y sometió a nuestra oración, innumerables dones que le serían arrancados en la medida de nuestra petición. Cuando no oramos, los perdemos. Y por eso, ¡cuántas gracias perdidas...! ¡cuántas cosas que Dios quiere concedernos!

“Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederé”. ¡Todo! Dando tal fuerza a nuestra oración, que somos omnipotentes delante del Padre. Dios tiene innumerables gracias colgadas de nuestras peticiones, ya que al injertarnos en Él, nos dio un sacerdocio capaz de arrancar los tesoros infinitos de su pecho, en derramamiento para todos los hombres; y en el ejercicio de este sacerdocio común, nos hace más fecundos y vitalizadores dentro de la Iglesia. En la medida que tenemos a Dios, lo comunicamos a través de nuestro sacerdocio.

¡Qué grande, qué omnipotente, qué poderoso es un hombre orando a los pies del Sagrario...! Tanto que, ante Él, el cielo se abre para volcarse sobre la humanidad. A los pies del Sagrario es donde se aprende a ser lo que tenemos que ser y a hacer lo que tenemos que hacer. Ante las puertas del Sagrario surge la vocación a la virginidad, al sacerdocio, florece la vida misionera y se llena de impulso nuestro corazón, de luz nuestro entendimiento, de fuerza nuestro actuar, para realizar los planes divinos con alegría y seguridad.

A los pies del Sagrario conseguimos para los demás y para nosotros mismos cuanto pedimos, alcanzando el hacernos semejantes a Cristo, protector del huérfano y de la viuda, donador de amores, Padre de la verdadera justicia, camino seguro que nos conduce a la verdadera y auténtica felicidad».

Hermanos, la familia y el mundo serán de Cristo si nosotros somos santos. Que así sea.

PALABRAS DEL P. VICTORINO RODRIGUEZ, O. P. EN EL ACTO LITURGICO FINAL

1. Te damos gracias, Señor, por haber compartido nuestra condición humana haciéndote familia con María y José, Sagrada Familia de Nazaret, y habernos asociado a todos al gran misterio de Vida Trinitaria. Queremos ser hermanos y hermanas y madre tuyos acogiendo tu palabra en comunión con el Padre en el Espíritu Santo.